



HISTORIA DE LA MEDICINA



DOS ENFERMEDADES PSIQUIATRICAS EN LA NARRATIVA DE HORACIO QUIROGA

(Salto, Uruguay 31.12.878 - Buenos Aires, Argentina 19.02.937)

Eq.May.(M) Augusto Soiza Larrosa

Académico del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay

Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid

ex-Presidente de la Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina

Uno de los atributos de la obra quiroguiana es su **objetividad**. La descripción de lugares, tipos humanos y situaciones se ajustan a la realidad vivida por el escritor. Así lo destacó su mejor crítico, *Emir Rodríguez Monegal* (prólogo a “*Horacio Quiroga. Selección de cuentos*”, Mdeo., 1966: 28). Dejó unos 200 cuentos (sólo unos 40 considera Rodríguez Monegal como “rescatables”) en los que hizo “*un manejo de los materiales con absoluto dominio ... {una} superación de la adolescencia emocional ... {un} abandono de la subjetividad*”.

Su vida en la selva de la región de Misiones le permitió conocer atroces y patéticas circunstancias que dejó plasmadas en sus narraciones. Quiroga estuvo -recordemos- por vez primera en contacto con el ambiente selvático misionero en 1903, como fotógrafo de la expedición que dirigiera el escritor Leopoldo Lugones a las ruinas jesuíticas. Se instaló luego como productor algodonero en el Chaco por 1905, industria fracasada, regresando a Buenos Aires donde se había radicado. Volvió a Misiones para residir en San Ignacio en 1910 como propietario, hasta un nuevo retorno a Buenos Aires en 1915. Desde entonces sólo volverá con intermitencias a la selva.

La **temática médica** está presente en la narrativa del escritor salteño. Y esto es lo que nos ha conducido a recordar los dos síndromes psiquiátricos plasmados en sus cuentos. Sagaz observador y ávido lector de cuanta divulgación científica cayera en sus manos (desde un veneno para matar hormigas, una máquina para cortar maleza, un antídoto contra serpientes).

Recortaba los artículos y los pegaba en álbumes, según recuerdan sus biógrafos José María Delgado y Alberto Brignole (“*Vida y obra de Horacio Quiroga*”, Mdeo., 1939, prólogo). Necesitaba imperiosamente conocer recursos médicos para valerse de ellos, ya que en Misiones no era fácil acceder a una asistencia profesional, y los accidentes traumáticos, ponzoñosos o tóxicos propios o ajenos, eran casi de todos los días en aquel ambiente feraz. Meningitis, septicemia, heridas de todo tipo, mordeduras de ofidios, insolación, fiebres, deshidratación, delirio, locura, alcoholismo, llenan páginas en sus cuentos. Tipos humanos que la civilización arrojó de sí a ese confín selvático le mostraron sus perversiones, vicios, adicciones y patologías psíquicas que aprovechó para su quehacer literario.

De su vasta obra rescatamos hoy dos cuentos de tema psiquiátrico. El primero “**Los guantes de goma**” (revista *Caras y Caretas*, Bs.As., año 12, N° 547, 27.03.09), escrito en época en que estaba en Buenos Aires, pero por instalarse en San Ignacio (Misiones). El segundo “**Los destiladores de naranjas**” (revista *Atlántida*, Bs.As., año 6, N° 293, 15.11.23), que corresponde a la mejor etapa literaria de Quiroga, ya veterano de la selva, cuya cima alcanzará según Rodríguez Monegal en 1926 (1). Es el año que coincide con la aparición de la revista bonaerense “*Martín Fierro*” en su 2da. época, dirigida por Evar Mendez, donde se reunían jóvenes escritores (Jorge Luis Borges entre otros) junto con veteranos (Macedonio Fernández). Dos etapas literarias se cruzaron: la quiroguiana, que comenzaba a declinar; y la borgeana que iba hacia su definitiva consagración.

Lo psiquiátrico no sólo fue un tema literario en Quiroga. Dice el ya citado Rodríguez Monegal que “durante toda su vida estuvo acechado por ella {la locura}. Ya desde sus comienzos había sabido reconocer que “la razón es cosa tan violenta como la locura y cuesta horriblemente perderla”. *Había descubierto* -sigue el crítico- “esa terrible espada de dos filos que se llama raciocinio” como escribe en “*Los perseguidos*”, largo relato en que culmina su obsesión con el tema del doble. Quiroga conoció la locura, no en el sentido patológico inmediato, sino en el más sutil y elusivo de la *histeria*” (ob.cit.: 42). Agrega Rodríguez Monegal que Quiroga tuvo la convicción de ser mentalmente un “fronterizo”, y cita dos pasajes autobiográficos donde se expresa sobre esa condición: uno del “*Diario del viaje a París*”, de 1900; y otro en carta a su “hermano” Ezequiel Martínez Estrada, de 1936. Rodríguez Monegal lo califica a su vez de “sensitivo”, presa de súbitos desbordes pulsionales, claramente mórbidos, que lograba refrenar por un dominio de sí mismo pero que no evitaban su presentación como hosco, huraño, extraño. Borges, para quien Quiroga tenía escaso valor literario, lo conoció y dijo que “era poco comunicativo, estaba distante, **como si aún viviera en la selva, en su Misiones**”. El genial argentino, cuyos juicios no dejaban de estar teñidos de causticidad, prácticamente no conoció al salteño oriental; esa mención al narrador estuvo basada en un único encuentro entre ambos en una reunión social.

La lectura de los dos cuentos que hoy comento, nos evoca de inmediato la **anormalidad psíquica** que afecta a los personajes. Su conducta está gobernada irremediablemente por las ideas patológicas; por una perturbación fronteriza a la locura o propiamente de franca alienación. Para asegurarnos que Quiroga -consciente o no- describió dos entidades psiquiátricas verdaderas (o al menos las utilizó como tema central de la narración) recurrimos a la *Clasificación Estadística Internacional de Enfermedades y problemas Relacionados con la Salud* (2). Este manual clasifica las enfermedades humanas conocidas por categorías. La categoría **Vª** comprende los “Trastornos mentales y del comportamiento”. Les adjudica a los mismos un conjunto de características

que deben estar presentes para diagnosticar el trastorno (enfermedad) o la conducta.

“LOS GUANTES DE GOMA”

El argumento de este cuento gira en torno a la muerte del padre de familia por viruela, considerada inicialmente como benigna, pero que termina con su vida en una casa de aislamiento. Esa muerte por *microbios* desencadena en la hija mayor, Desdémona, **ideas obsesivas y una conducta compulsiva** frente a la posibilidad de ser ella misma contaminada y victimada por esos microorganismos. Desdémona es descrita por el narrador como predispuesta al desequilibrio psíquico, pues era “*fuertemente nerviosa, anémica y desaliñada; sufría de terrores nerviosos*”. La presencia de la muerte era en ella una idea dominante. La enfermedad infecciosa de su padre la desbordó, y precipitaron los terrores:

“ - ¡Oh, que horror los *microbios!* - apretábase los ojos. Pensar que uno está lleno de ellos.

- Tenga cuidado con sus manos, y descartará muchas probabilidades – compadecióla uno de sus nietos.

- No tanto, -arguyó otro.- Ha habido contagios por carta. ¿A quién se le va a ocurrir lavarse las manos para abrir un sobre?”.

El trastorno se desencadenó cuando uno de los interlocutores la azuzó, diciéndole:

“- Llegará a verlos. La insistencia en mirarse las manos desarrolla la vista en modo tal que poco a poco se llega a ver trepar los *microbios* por ellas ...

-¿Qué horror! ¡cállese! - gritó Desdémona. Pero ya el trastorno estaba producido”.

El narrador –en realidad un extraño a la familia, tal vez un vecino o visitante, un testigo-continúa la historia un año después, cuando al retornar a la casa **se entera que Desdémona ha muerto**. Y desentraña el drama:

“Durante el mes siguiente a mi retirada, **Desdémona no vivió sino lavándose las manos**. En pos de cada ablución mirábase detenidamente aquellas,

satisfecha de su esterilidad. Mas poco a poco dilatábanse sus ojos y comprendía bien que en pos de un momento de contacto con la manga de su vestido, nada mas fácil que los microbios de la terrible viruela estuvieran trepando a escape por sus manos. Volvía al lavatorio, saliendo de él al cuarto de hora con los dedos enrojecidos. Diez minutos después los microbios estaban trepando de nuevo”.

Consultado un médico, le hizo notar que esa “monomanía” (manía u obsesión con idea dominante) era peligrosa. Obsérvese que Quiroga emplea una nomenclatura arcaica para referirse a las ideas obsesivo-compulsivas. Con las manos vendadas Desdémona, riéndose de sí misma, se retiró de la consulta muy feliz con la explicación del galeno acerca del contagio; comprendió muy bien su neurosis. Pero ...sus manos, los microbios:

“- Pense que yo creía que trepaban ... - se dijo; y continuó mirándolas. Poco a poco sus ojos fuéronse dilatando. Sacudió por fin aquéllas con un movimiento brusco y volvió la vista a otro lado, contraída, esforzándose por pensar en otra cosa. **Diez minutos después el desesperado cepillo tornaba a destrozar la piel**”.

Así siguió, de médico en médico. Confortada por nuevas explicaciones (los médicos son hábiles en darlas) y las manos siempre vendadas. Pero al día siguiente arrancábase las vendas y volvía a lavar furiosamente sus manos, desesperadamente, hasta que **el cepillo le devoró la epidermis y la dejó en carne viva**. Finalmente un sagaz médico le colocó unos **guantes de goma** “ceñidos al antebrazo con colodiones, tiras y gutaperchas” asegurándole que “los microbios no pueden entrar” y advirtiéndole que de seguir con su compulsión higiénica **podía perder las manos**. Pero ... “era posible que un microbio hubiera quedado adentro ... !! y la punta de una tijera abrió un diminuto agujero en los guantes ... los dos microbios saldrían de allí ... tendióse calmada ... pero por los agujeros iban a entrar todos...”

“A la mañana siguiente la madre, inquieta, levantóse muy temprano y halló al costado de la palangana todas las vendas ensangrentadas. **Este vez los microbios entraron hasta el fondo** -y al contarme

Ofelia y Artemisa los cinco días de fiebre y muerte, recobraban el animado derroche verbal de otra ocasión, para el actual drama”.

El CIE-10 califica así a la **neurosis obsesivo-compulsiva** (F 42): hay pensamientos y/o actos compulsivos y recurrentes. Los *pensamientos* implican ideas, imágenes que penetran una y otra vez en la mente, en un fondo de angustia, que se intenta rechazar sin éxito. Los *actos*, movidos por aquellos pensamientos, son comportamientos reiterativos, estereotipados, desagradables, inútiles, que intentan prevenir un suceso, un daño que objetivamente es improbable, y que teme que ocurra si no se realiza el ritual. Se reconoce su carencia de sentido, de ineficacia, por lo que se intenta repetidamente resistirse a él. El “**lavado de manos neurótico**” está catalogado específicamente en el trastorno (F 42.1) como un “ritual obsesivo” ya que se considera que la mayoría de los actos compulsivos se refieren al aseo; el lavado de manos que cumple con las características citadas, es un ritual simbólico que trata de alejar un peligro.

“LOS DESTILADORES DE NARANJAS”

Este largo cuento tiene un antecedente autobiográfico. Es conocido que Quiroga intentó en Misiones extraer vino por destilación del zumo de naranjas. Rodríguez Monegal considera como “una hazaña narrativa pasar de lo cómico a lo horroroso donde la feliz pintura de algún personaje episódico no permite prever el tremendo y efectista desenlace” (ob.cit.: 39).

El cuento dibuja la personalidad de un alcoholista crapulizado a quien identifica como “el Dr. Else”, un médico sueco (¿cómo Axel Munthe, el autor de *La historia de San Michel?*) que por 1900 había sido contratado por el gobierno paraguayo para organizar sus hospitales, lo que cumplió con éxito. El alcohol sin embargo le llevó al derrumbe moral desapareciendo de escena por 15 o 20 años.

Pero reapareció por Yviraromí, en Misiones, un mediodía, vistiendo bombachas de soldado paraguayo, zapatillas sin medias y una sucia boina

blanca, frecuentando todos los boliches, *“bebiendo como no se había visto beber a nadie”*, lo cual ya era mucho decir por esos lugares. Otro de esos excéntricos tipos humanos que vivían en el pueblo, apodado *“el manco”*, inventor, lector de *“L’Encyclopedie”* (los únicos dos tomos que poseía), quiso extraer alcohol de la fermentación y posterior destilado de naranjas. Y para concretar el proceso seudointustrial recurrió al asesoramiento de un tercer personaje, un químico desterrado en Yviraromí (*“el químico Rivet”*, también alcoholista) e intentó la cooperación **por sus conocimientos biológicos, sobre todo en fermentaciones, del “Dr.Else”** a quien:

“-La caña lo perdió -respondía con seriedad el manco sacudiendo la cabeza-. Pero sabe mucho ...”

El *“Dr.Else”* no fue de ninguna utilidad pues su permanente borrachera le impedía cualquier coordinación intelectual. Se escudaba siempre en un manido *“-¡ Yo no entiendo nada de estas cosas!, manteniéndose a distancia con una sonrisa bobalicona que llenaba su enrojecida, vultuosa cara. Pero cuando el aroma del zumo primero fermentado y luego destilado llegó a sus narinas, y sus filetes olfatorios condujeron a los centros respectivos el inconfundible vaho etílico, se arrimó mas al galpón destartalado donde se procesaban las naranjas e hizo cama junto al fuego de la caldera de vapor, subsistiendo a base de mate . . . y naranjas asadas !!.*

Cuando después de largo proceso se extrajo algo de alcohol de naranjas, *“el manco”* llenó varios frasquitos para enviar a Buenos Aires como muestra y los apiló en un estante; pues bien, se vaciaron; fueron repuestos, y volvieron a vaciarse una y otra vez.

“¡ Pero se lo toma todo ! -nos confiaba de noche en el bar-. ¡Qué hombre! ¡No me deja una sola muestra!

El *“Dr. Else”* quedaba *“... rojo, lacrimoso y resplandeciente de euforia”*.

Una tarde llegó una joven mujer al pueblo. Flaquita ella, esmirriada, maestra de primeras letras que resultó ser **la hija del “Dr. Else”**, cuyo menguado sueldo iba a parar al buche sediento de éste. La visita

se repetía dos a tres veces por año. Durante los días en que permanecía con su padre, el *“Dr. Else”* aparecía sobrio y luciendo su ropa remendada. Pero volvía a la intoxicación alcohólica a poco de alejarse la hija. Hasta aquí la narración quiroguiana ha tomado el camino de lo picaresco, pero no tardará en desarrollarse el drama, en una *“hazaña narrativa”* como la tildó Rodríguez Monegal.

El día que la maestría regresó *llovía a mares*; siguió lloviendo todo el día siguiente sin mas descanso que la tregua del crepúsculo *“a la hora en que el médico comenzaba a ver alimañas raras prendidas al dorso de sus manos”*.

Quiroga nos descuelga de golpe el drama. Recuerda que *“el químico Rivet, muerto un año atrás con su litro de alcohol carburado de lámpara”* entre pecho y espalda, había tenido fantasías (alucinaciones) visuales. Pero no tenía hijos y el médico sí. **La alucinación del “Dr. Else” fue ver precisamente una monstruosa rata en lugar de su hija.** Dejemos al narrador que describa el cuadro clínico:

“Lo primero que vio fue un grande, muy grande ciempiés que daba vueltas por las paredes. Else quedó sentado con los ojos fijos en aquello, y el ciempiés se desvaneció. Pero al bajar el hombre la vista, lo vio ascender arqueado por entre sus rodillas, con el vientre y las patas hormigueantes vueltas a él, subiéndolo, subiéndolo interminablemente. El médico tendió las manos delante, y sus dedos apretaron el vacío. Sonrió pesadamente: ilusión ... nada mas que ilusión ...

“Alcanzó a oír una dulce voz que decía:

- Papá, estoy un poco descompuesta ... Voy un momento afuera.

“Else intentó todavía sonreír a una bestia que había irrumpido de golpe en medio del rancho, lanzando horribles alaridos, y se incorporó por fin aterrizado y jadeante: estaba en poder de la fauna alcohólica.

“Algo como dientes y ojos asesinos de inmensa rata se detuvo un instante contra el marco, y el médico sin apartar la vista de ella, cogió un pesado leño: la bestia, adivinando el peligro, se había ya ocultado.

“De golpe la monstruosa rata surgió en la puerta, se detuvo un momento a mirarlo, y avanzó por fin contra él. Else, enloquecido de terror, lanzó hacia ella el leño con todas sus fuerzas. Ante el grito que le sucedió, el médico volvió bruscamente en sí, como si el vertiginoso telón de monstruos se hubiera aniquilado con el golpe en el mas atroz silencio. **Pero lo que yacía aniquilado a sus pies no era la rata asesina, sino su hija.**”

“Tras un rato - una inmensidad de tiempo- el médico se incorporó y fue tambaleante a sentarse otra vez en el banco, -mas no sin antes apartar con el dorso de la mano una alimaña del asiento, porque ya la red de monstruos se entretejía vertiginosamente.”

¡Y pensar que Jorge Luis Borges pensaba que Quiroga valía literariamente poco!.

Quiroga nos ha presentado en este cuento un típico **trastorno mental agudo, una psicosis aguda a temática alucinatoria de etiología alcohólica**. El CIE-10 lo describe como “un trastorno psicótico agudo durante o después del consumo, pero que no se explica por una intoxicación aguda ni por un estado de abstinencia. Las alucinaciones se acompañan de delirio, agitación psicomotriz y una alteración afectiva que puede ir desde el terror al éxtasis, con obnubilación de la conciencia” (F 10.5).

Las psicosis agudas y subagudas del alcoholismo crónico son desencadenadas por exceso de alcohol o por su abstinencia, pero también por traumatismos, infecciones y a veces sin causa aparente. Es característico la *desestructuración de la conciencia* con aparición de un marcado *estado confusional* que no se ve en las formas crónicas. La mas frecuente psicosis de aparición rápidamente progresiva como complicación del alcoholismo es el **delirio alcohólico subagudo**, una extensión creciente de las pesadillas de los días anteriores; de presentación nocturna

primero hasta que se hace permanente. Sobre un fondo marcadamente confusional que obnubila la conciencia (desorientación) aparece un delirio onírico (estado confuso-onírico) en el cual el enfermo vive un verdadero sueño terrible a través de *alucinaciones* de todo tipo, con gran angustia y agitación. Los actos absurdos siempre responden a la vivencia delirante (incendio, amenazas, animales repugnantes, realización de crímenes, infidelidad de la esposa). Lo cual lleva a reacciones de huida, defensa, agresivas e incluso suicidio. Su forma mas grave -que no es la del “Dr. Else”- es el **delirium tremens**, con gran confusión mental y repercusión somática (fiebre, deshidratación, automatismos psicomotores). La **alucinosis alcohólica**, otra forma psicótica aguda del alcoholismo, no tiene confusión mental importante sino alucinaciones sobre todo auditivas y en plena lucidez, luego de una libación excesiva, que lo dejan perplejo y avergonzado (son susurros y murmullos soeces y hostiles) hasta que desaparecen para reaparecer ante otro exceso alcohólico.

REFERENCIAS

- (1) “**Los guantes de goma**” apareció en libro en la “Biblioteca Rodó” en la colección quiroguiana editada por Claudio García (“*Horacio Quiroga. Cuentos*”, Mdeo., 1945, volumen XII); lo hemos tomado de la colección editada por ARCA “*Horacio Quiroga. Obras inéditas y desconocidas*” (Mdeo., 1968, *Cuentos*, volumen IV, 1905-1910). “**Los destiladores de naranjas**” integró el volumen “*Los desterrados. Cuentos*” (Bs.As., Ed. Babel, 1926); lo hemos recogido de la “*Selección de cuentos*” de Horacio Quiroga (ob.cit., Mdeo., Biblioteca Artigas, 1966, volumen 102: 218).
- (2) CIE-10, O.M.S, Ginebra, 1992, volumen 1º (versión española, O.P.S, 1995, publicación científica 554, volumen.. 1º).

